

Las mil y una noches

Vicent Vila Berenguer

Ilustraciones de Aram Delhom



algar

Personajes

VISIR

SAH ZAMÁN

ESPOSA DE SAH ZAMÁN

JEFE DE LOS ARQUEROS

SAHRIAR

PREGONERO

SCHEREZADE

DUNYAZAD

VERDUGO DE SAHRIAR

GUARDIA DE SAHRIAR

ALADINO CHINO

ALADINO ÁRABE

PESCADOR

EFRIT

ASNO

BUEY

JOROBADO

SASTRE

ESPOSA DEL SASTRE

MÉDICO

VECINO

JUEZ
VERDUGO
EMPERADOR DE CHINA
GUARDIAS DEL EMPERADOR
SIMBAD
BALLENA
AVE ROC
SERPIENTES
ABUL HASÁN
MENDIGO—CALIFA
DOS GUARDIAS
MAYORDOMO
NUZAT, ESPOSA DE ABUL HASÁN
ZUBAIDA, LA CALIFA
CUATRO TITIRITEROS
ALÍ BABÁ
JEFE DE LOS LADRONES
DOS LADRONES
CASSIM
FÁTIMA
PREGONERO DE ALADINO
PRINCESA FAHMINA
CAPITÁN
JAFAR
DOS SOLDADOS
GENIO
SULTÁN, PADRE DE FAHMINA
GENTE DEL PUEBLO

Escena 1

PRESENTACIÓN

VISIR. En el nombre y gloria de Alá, que es grande y todo lo sabe, quiero contaros una gran historia, quizá una de las más grandes nunca escrita ni leída...

Había una vez un rey sabio y poderoso que reinaba sobre un gran territorio. Tenía dos hijos: Sahriar, que era el mayor, valiente y de fuerte carácter, y que como primogénito heredó todas las posesiones de su padre, y Sah Zamán, que era el pequeño y, por tanto, no tenía derecho alguno a la herencia paterna.

Pero Sahriar quería mucho a su hermano y repartió con él el reino, de manera que el mayor reinaba en Persia y el pequeño en Tartaria...

Un día, Sah Zamán, que también quería mucho a su hermano, decidió ir a visitarlo...

(Sombras).

SAH ZAMÁN. Querida esposa, tengo gran deseo de ver a Sahriar, mi hermano, y darle un abrazo; hace tanto tiempo que no nos vemos...

ESPOSA. Ve a hacerle una visita y disfrutad de vuestra amistad, pero no tardes en volver... Para estar tranquila, hazme saber por medio de algún mensajero que has llegado bien. Y, sobre todo, cuándo vuelves; así te recibiré como te mereces.

SAH ZAMÁN. Gracias, querida. Así lo haré.

ESPOSA. Y no te olvides de llevarle el libro de cuentos que encargaste para él. Seguro que le gustará mucho, ya que le placen mucho las narraciones y las leyendas.

SAH ZAMÁN. He pensado que, para ir más deprisa y no hacer gastos innecesarios, iré solo y en un par de semanas estaré de vuelta.

ESPOSA. Que tengas buen viaje y una buena estancia en el reino de Sahriar.

SAH ZAMÁN. Gracias, querida. Y ahora, adiós.

ESPOSA. Aquí estaré, amor mío, esperando tu regreso. *(Se abrazan)*.

VISIR. Al amanecer, Sah Zamán partió con el caballo más rápido con que contaba, y tantas ganas tenía de abrazar a su hermano que hasta el mediodía no advirtió que había olvidado el libro, y, como su amor era más grande que su prisa, decidió volver a palacio para recogerlo. Pasaría la noche allí con su esposa y retomaría el viaje al día siguiente.

Pero, al llegar, descubrió a su esposa abrazada al jefe de los arqueros.

(Sombras. La ESPOSA abraza y besa a un hombre).

SAH ZAMÁN. ¡Por todos los demonios del infierno!

ESPOSA. ¡Sah Zamán, esposo mío! ¿Qué haces aquí?

SAH ZAMÁN. ¡Eso es lo que yo tendría que preguntarte! ¡Pero, después de lo que he visto, no caben más explicaciones! *(Con la espada mata al arquero y a la mujer)*.

VISIR. Sah Zamán retomó su viaje. Y así, lleno de odio y tristeza, llegó al palacio de Sahriar, su hermano, donde pasó una larga temporada. Hasta que un día...



ESCENA 2

EN EL PALACIO DE SAHRIAR

(SAHRIAR lee el libro de SAH ZAMÁN. Entra SAH ZAMÁN).

SAH ZAMÁN. Querido hermano, me alegra encontrarte sumido en la lectura del libro que con tanto cuidado encargué para ti, aunque nunca pensé que te gustaría tanto.

SAHRIAR. Amado hermano, no podrías haber tenido una mejor idea que hacerme este regalo que aprecio más que cualquier otra cosa. Ya sabes cómo me gustan los cuentos y las historias...

SAH ZAMÁN. Me hace muy feliz saber que he acertado.

SAHRIAR. Pero, hablando de todo un poco, si las narraciones me gustan, no sabes cómo celebró verte por fin tan contento...

SAH ZAMÁN. Gracias, Sahriar. Las cosas van mejorando...

SAHRIAR. Desde que llegaste, y por respeto a tu silencio, no he querido preguntar por el motivo de tu tristeza, pero, ahora que te veo mejor, me gustaría que compartieras conmigo el porqué de tu mutismo...

SAH ZAMÁN. Agradezco el respeto que mencionas tanto como el que te agradeceré de ahora en adelante. De momento no querría decirte lo que me sucedió. Pero puedes estar seguro de que en el futuro compartiré contigo aquella pena que poco a poco va desapareciendo.

SAHRIAR. De acuerdo, como quieras. Pero, si prefieres callar el motivo de tu pena, estoy seguro de que sí que querrás contarme la causa de tu alegría de ahora...

SAH ZAMÁN. Quizá todavía es más delicado el motivo de mi felicidad que el de mi tristeza... Solo puedo decirte que había sufrido un daño y he descubierto que otros también lo padecen...

SAHRIAR. Claro, hermano: ¡no existe mal alguno que sea exclusivo de nadie!

SAH ZAMÁN. ¡Exacto! Y al descubrir que no solo yo lo sufro, mi angustia se ha vuelto menos grave...

SAHRIAR. Y ahora es el momento de compartirla conmigo.

SAH ZAMÁN. No, hermano mío. Te ruego que no me pidas eso. Tal vez mi dolor también sea el tuyo y no me perdonaría nunca haberte herido.

SAHRIAR. ¡Basta! ¡Demasiado misterio! Te pido que confíes en mí. Ya no somos unos niños y sabemos asumir los problemas. Vamos, Sah Zamán, ánimo, cuéntamelo.

SAH ZAMÁN. Querido Sahriar, no insistas.

SAHRIAR. Sé que has estado paseando por los jardines de palacio, donde acudiste triste y de donde has vuelto contento. ¿Qué ha pasado durante el paseo?

SAH ZAMÁN. Veo que has estado a mi lado en el dolor y ahora compartes también mi felicidad. Es cierto. Durante el largo paseo por el parque, llegué hasta la casa de los jardineros y allí...

SAHRIAR. ¡Vamos, hermano, acabemos con el misterio!

SAH ZAMÁN. Es que...

SAHRIAR. ¡Si no me lo dices, yo mismo iré a ver qué hay allí!

SAH ZAMÁN. ¡No, por Alá, no vayas!

SAHRIAR. Veo que no me lo quieres contar.

SAH ZAMÁN. En realidad, no estoy seguro de lo que vi... Perdóname, Sahriar, perdóname.

SAHRIAR. ¿Me pides perdón por algo que no me has dicho? ¿Qué descubriste en la casa?

SAH ZAMÁN. Olvídalo.

SAHRIAR. ¡Basta! ¡Ahora vuelvo!

SAH ZAMÁN. No, Sahriar, no vayas. ¡No vayas!

(SAHRIAR se va. SAH ZAMÁN toma el libro, lo abraza y llora. Entra el VISIR).

VISIR. Pobre Sah Zamán, tú también sufriste el mismo engaño...

SAH ZAMÁN. Sí, pero jamás imaginé que mi hermano se vería afectado por la misma maldición y que, además, sería yo quien se lo descubriría.

VISIR. Un día u otro tenía que ser. Ese maldito juego de la sultana ya duraba demasiado tiempo.

SAH ZAMÁN. ¡Qué tristeza! ¡Los dos hermanos sufriendo la misma desgracia!

VISIR. Es el destino, que a veces arrastra a las personas a su perdición.

(Entra SAHRIAR con las manos ensangrentadas).

SAHRIAR. Horror, traición... ¡Muerte!

SAH ZAMÁN. ¡Sahriar!

SAHRIAR. Entonces tú también... ¿Tu esposa?

SAH ZAMÁN. Sí, la encontré con el jefe de los arqueros. ¡Los dos murieron a manos mías!

SAHRIAR. ¡Yo he hecho lo mismo!

SAH ZAMÁN. ¡Lo siento, hermano!

SAHRIAR. *(Con rabia)*. Sí. Ahora tenemos que ser fuertes: nos ayudaremos el uno al otro y seguro que el tiempo, que todo lo cura, traerá la paz a nuestros corazones. *(Se abrazan)*.

SAH ZAMÁN. Hermano, con tu permiso, volveré a Samarcanda, mi reino. He descuidado demasiado tiempo el trabajo y las cuestiones de Estado, y seguro que con las obligaciones diarias los dos podremos olvidar antes.

SAHRIAR. ¡Sí, ve y recuerda que siempre estaré a tu lado!

SAH ZAMÁN. Y yo al tuyo... ¡Suerte! *(Se abrazan)*.

VISIR. ¡Que Alá os guarde a los dos!

(SAH ZAMÁN sale).

SAHRIAR. Y ahora, querido visir, proclamaremos
un edicto que deberá ser leído por todo el
reino.

VISIR. Majestad...

(Fundido a negro).